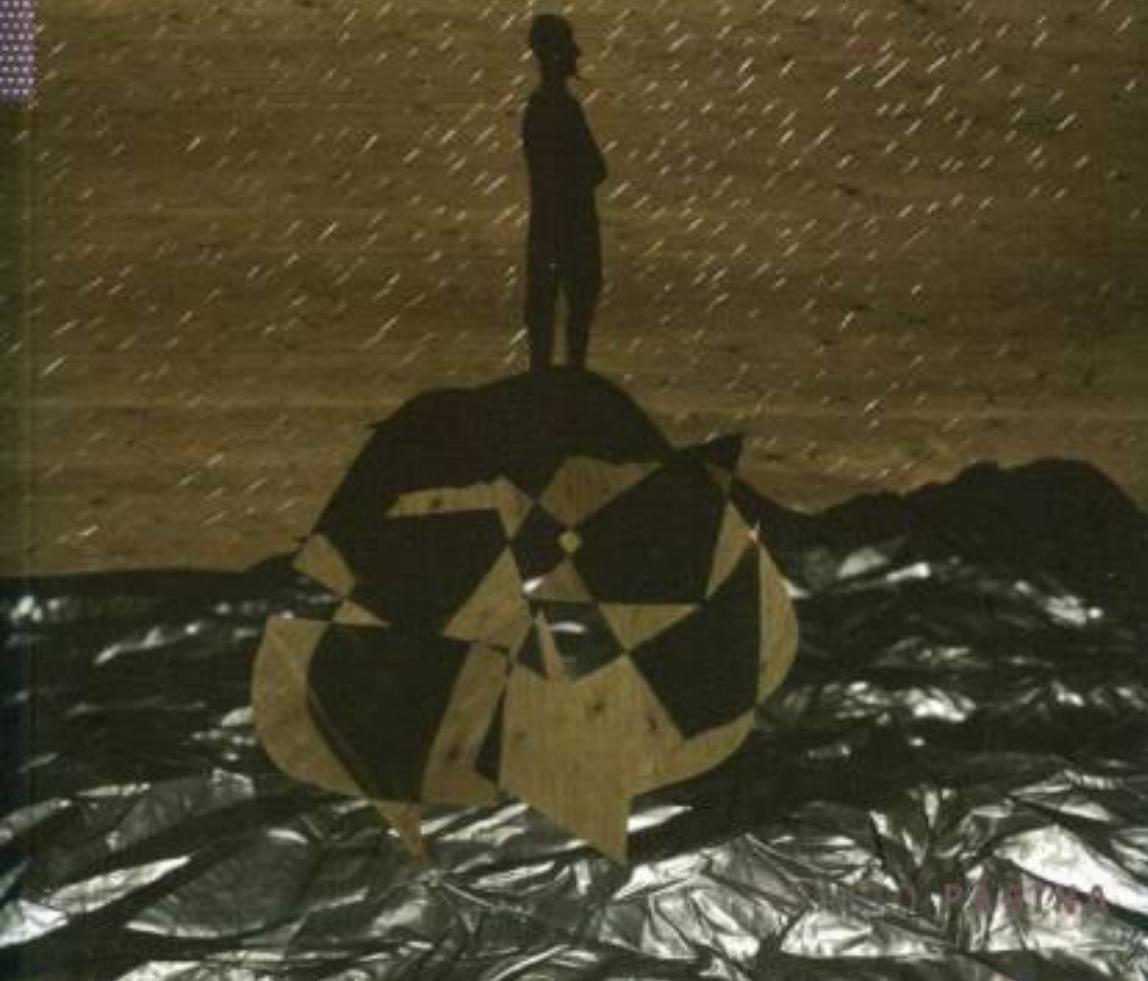


COLECCIÓN PÚRPURA

RAFAEL PINEDO

✻ Plop



Se llama Plop. Es el ruido que hizo al caer en el barro cuando nació. Su madre, la Cantora, lo dio a luz atada a una carreta en marcha. El niño cayó al suelo y fue recogido por la vieja Goro, uno de los pocos humanos que saben qué fue la civilización, que aún recuerdan, por ejemplo, leer y escribir. El mundo al que llega Plop está hecho con las ruinas del nuestro. La lluvia permanente —el único agua que se puede beber— lo convierte todo en un inmenso lodazal en el que florece el hierro oxidado y los escombros del pasado. El agua del suelo brilla por la noche y no se puede beber, ni tan siquiera tocar. Esta es la historia de Plop, la de su ascenso al poder en un mundo degradado y en proceso de descomposición, donde reina el hambre, la explotación, la violencia, el olvido y la furia de lo peor de nosotros mismos. Es esta la vida de Plop, un rey de la degradación. Premio de novela Casa de las Américas 2002.

Rafael Pinedo

Plop

Rafael Pinedo, 2004

De la edición original: Interzona editora, 2004

De esta edición: Editora Salto de Página, 2013

A Sofía y Max, para cuando puedan leerlo.

*Bebida é agua
Comida é pasto
Você tem sede de qué?
Você tem fome de qué?*

Amaldo Antunes, Marcelo Fromer y Sérgio Britto

Prólogo

Desde el fondo del pozo sólo se ve un pedazo de cielo a veces gris, a veces negro.

Llueve. Las paredes chorrean y a sus pies se va formando un caldo de barro que le llega hasta las rodillas.

De pronto se escuchan voces. Chicos que pasan corriendo. Gente que tiene sexo.

Si es de día, puede darse cuenta cuando alguien lo mira, porque la luz cambia ligeramente al aparecer una cabeza en el borde.

Algunos escupen. O tiran cosas. Otros se quedan ahí un rato, sólo mirando.

Nada puede hacer. Intenta contestar y tirarle un cascote a uno que lo insulta; sólo consigue que la piedra caiga y casi le dé en la cabeza.

Al rato, además, vienen muchos, se paran alrededor del borde y descargan las vejigas sobre él.

Cuando el frío o el hambre lo dejan intenta pensar en cómo ha llegado hasta ahí.

Una tarde escucha muchas voces que se acercan.

Sabe que va a ejecutarse la sentencia.

No ve las cabezas, pero el cambio de la luz le indica que todos están allí, alrededor del pozo.

Cuando ve caer la primera palada de tierra empiezan a sucederse imágenes, con la historia reciente, con el principio, con el final.

Desde que ha empezado su camino. Desde que se ha obligado a no ser uno más, un mono, un peón, un esclavo.

Sabe que irán tirando la tierra de a poco, uno por vez. Se turnarán. Es un honor ser su verdugo.

Con cada golpe de zapa, con cada puñado de tierra

que le cae sobre la cabeza, le va apareciendo en la mente una imagen de su vida.

Así, hasta ahora, el final.

Todo el esfuerzo es para este momento, para llegar, para poder finalmente morir.

El nacimiento

Dicen que nació mientras llegaban a un nuevo Asentamiento.

Que su madre, la Cantora, lo parió caminando, atada al borde de un carro, medio colgada, medio arrastrada.

La caravana estaba formada por un par de carros tirados por los de la Brigada de Servicios Dos, un burro y un caballo. Viejos y flacos.

Entre todos ellos iba la gente del Grupo.

En ese entonces ya estaba establecido el sistema de brigadas. Inclusive las divisiones entre Uno y Dos. Y el tiempo ya se medía en solsticios, uno de verano, uno de invierno.

Esa era la forma de supervivencia que se había dado en el Grupo. En otros había formas sociales de todo tipo. Cada uno armaba la estructura que podía. Para sobrevivir.

No pudo averiguar cuántos eran en el momento en que él nació, pero el Grupo no podía pasar de cien.

Cuentan que avistaron una fortaleza, un Lugar de Cambio, un círculo de estacas de cemento, hierro y madera, cubierto casi totalmente por pedazos de vidrio y clavos.

La caravana se detuvo a la distancia aceptada. Hacía días que no comían.

Cuando salió el Dueño del Lugar intercambiaron los saludos: las manos en el pecho del otro, los labios, cerrados, en los labios del otro, y la fórmula:

—Acá se sobrevive.

—Acá se sobrevive.

—¿Qué hay?

—Ganas de truequear.

—Adelante, adelante, hasta la puerta.

Cuentan que allí comenzó el trabajo de parto.

Por la comida les pidieron los dos animales, seis vírgenes púberes, por lo menos dos de cada sexo, y dos trabajadores.

No tenían tantas vírgenes.

Empezó el regateo. Se discutió, se gritó, se lloró miseria por ambas partes. Se ofrecieron cuchillos y una balanza.

Se transó al revés. Recibieron una ración para cada uno, dos chanchos machos y una hembra.

Entregaron el burro y el caballo, diez cuchillos sin óxido, un hierro aguzado en forma de lanza, tres piedras de pedernal, dos vírgenes hembras y un rato con una mujer y un hombre para el Dueño del Lugar.

No había pasado medio día, desde el momento de la llegada, cuando se dio la orden de partida.

Su madre era de la Brigada de Recreación Uno. Era la Cantora. Siempre había cantado. En las comidas nocturnas se contaba que nadie había entrado tan joven a Recreación Uno. Que no tenía una voz perfecta, pero que su alegría era contagiosa.

En el momento en que el Comisario General dio la orden de partida, su madre estaba retorciéndose por las contracciones, amordazada para no interrumpir el sueño del resto.

Sus vecinos la levantaron, le ataron las manos al más alto de los carros y le dieron un fustazo en las nalgas cuando empezó la caminata. Le sacaron la venda de la boca.

Los que tiraban del carro protestaron por el peso suplementario; al más cercano, el Secretario de Brigada le cruzó la cara con el látigo. No hubo más quejas.

Cuentan que ahí iba, medio caminando, medio colgada, emitiendo un sonido indistinguible, entre lamento y letanía.

Llovía desde hacía una semana. El agua lavó la mugre que le corría por las piernas cuando rompió bolsa. Nadie se enteró.

Iba desnuda de la cintura para abajo. Detrás de ella iba la vieja Goro, mirando al suelo. Como siempre.

Recuerda la vieja que en un momento le pareció ver un bulto entre las piernas de la Cantora. Que no prestó aten-

ción porque ella era de la Brigada de Servicios Dos y hacía casi una luna que no dejaba de trabajar.

La alertó un berrido, un ruido sordo, amargo, en el charco de barro que tenía adelante.

Se agachó y lo levantó. La Cantora no reaccionó: sólo caminaba.

La vieja cortó el cordón sin detenerse. Le hizo un nudo a cada parte.

Metió el bulto en su morral. Sabía que, cuando se perdiera de vista el Lugar, harían una breve parada para que los secretarios discutieran el resultado del trueque.

Y para sacrificar a los Voluntarios Dos que habían vuelto luego de su rato con el Dueño del Lugar.

Era la única forma de controlar las venéreas que conocía el Grupo.

Si sobrevivía hasta entonces, la vieja decidiría qué hacer con él; si no, podía ganar méritos aportando a la comida de los animales.

Sobrevivió.

Cuenta la vieja que se prendió a la teta de la madre con las manos, como un mono. Que así, por la vieja y por sus manos, se salvó.

Su madre, la Cantora, lo miró, balbuceó algo y no habló más, ni cantó, ni le dirigió otra mirada. Nunca más.

Los primeros años

No murió. La vieja Goro lo ponía en la teta de su madre, cuando se acordaba, o lo escuchaba berrear.

A veces quedaba ahí por mucho tiempo, comiendo todo lo que podía.

Las lluvias le lavaron los orines y la mierda.

A su madre la transfirieron a Recreación Dos. Cuando alguien quería usarla tenían que sacarlo de la teta. A veces lo ponían de nuevo al irse.

Cuando empezó a gatear pudo procurarse comida: bichos, algún resto dejado por los otros, algo que le traía la vieja Goro.

La catatonía de su madre avanzaba. Dejó de responder a los que la usaban, inclusive a las órdenes de la Secretaria de Brigada.

Nadie se le acercaba. Sólo el Tuerto.

Llegó el tiempo de otra migración, se hizo la Asamblea para votar la dirección y los integrantes.

Era la ley. Se debía depurar el Grupo para facilitar el viaje. Sólo iban los que no frenaran la caravana.

Todos debían responder por sí mismos. Si alguno no era hábil, por enfermo, chico o lo que fuese, sólo podía viajar si alguien se lo apropiaba.

Y si durante el camino producía molestias, los dos, apropiado y apropiador, eran reciclados.

En el medio del Asentamiento siempre se dejaba un espacio vacío, al que todos llamaban la Plaza. El Grupo entero se juntaba ahí, en círculos concéntricos. El Comisario y los secretarios en el centro, luego los más chicos para que los viesen y el resto alrededor. Todos debían estar visibles.

El Comisario General señalaba al más cercano, que de-

bía pararse, decir su nombre y luego «Yo puedo». Si era tan chico que todavía no tenía nombre debía estar apropiado por alguien.

Pasaron lista. Cuando le llegó el turno a él, la vieja Goro dijo:

—Es mío.

Alguien rió. Otra voz, desde atrás, dijo:

—¿Para usarlo, vieja?

—Es mío —repitió ella.

Cuando llegó el turno de su madre, ella no respondió. Alguno miró al Tuerto, que miró al suelo.

—¿Recicle o pira? —dijo el Comisario General.

—A votar.

Fue un cañaveral de manos para el recicle.

La vieja Goro lo hizo bajar las suyas.

—Vos sos muy chico para votar.

Lo llevó a ver la operación. La aguja entre las cervicales, el despellejamiento, la carneada.

Siendo el hijo, le correspondía pedir algo: eligió un fémur, para hacer una flauta. Nunca la hizo.

La vieja lo trató de estúpido: podría haber canjeado mucho mejor los dientes, que estaban completos y todavía en buen estado. Tenían sólo treinta solsticios de uso.

El paisaje

Llueve. Siempre.

A veces muy poco, como agua que flotara. Otras, muchas, es una pared líquida que golpea la cabeza.

Sólo esa puede tomarse. Una vez que cayó, está impura. «Contaminada» es la palabra que usan los viejos.

Se camina sobre el barro, entre grandes pilas de hierros, escombros, plástico, trapos podridos y latas oxidadas.

De tanto en tanto las nubes se abren un poco, y brillan pedazos de vidrio rotos, nunca más grandes que una uña. Algunos los usan para hacer puntas de cuchillos, pero son demasiado frágiles.

Un viejo tiene un cuchillo de vidrio, que utiliza solamente para cortar carne, nunca para la pelea. Los demás usan latas o hierros afilados.

Alguna paja brava corta el basural. Arbustos, nunca más altos que un hombre, con espinas, con unas hojas minúsculas y negras.

Y hongos, que salen por todos lados.

Algunos son comestibles. Muchos venenosos. Es muy difícil diferenciarlos. Cuando hay dudas se usa a un Voluntario Dos.

Los hay que tardan en matar. Pero esos son más fáciles de reconocer.

La vieja Goro nunca duda. Es más, va caminando y, casi sin mirar, arranca uno y se lo come.

Nunca se deben tocar los que crecen sobre hierro, dice. Desconfiar de los de madera. Preferir los del barro.

Hay un par de plantas cuyas raíces se pueden comer. Es difícil encontrarlas. La vieja sostiene que como todo el mundo las come ya no se reproducen.

Los jóvenes se ríen: las plantas no deciden, crecen o no crecen.

Existen lugares donde hay más matorrales que basura. Pero son peligrosos, ahí anidan animales. Por lo general, el que entra no sale.

Entre las montañas de basura hay ratas. Insectos. Lo que más se encuentra son cucarachas. Desde las bebés hasta las grandes como la mano de un hombre.

Esas muerden, y hay algunas que envenenan. La carne se hincha y se pone azul, como ellas. Lo mejor es cortar, si se puede.

Se ve mucha gente a la que le faltan dedos.

Si la mordedura es en una pierna o un brazo es difícil salvarse, aunque se corte rápido. Porque se muere desangrado, o se pudre la herida.

Las arañas muerden todas, y todas tienen veneno.

Entre las pilas de basura se encuentra de todo. La mayor parte es hierro y cemento. Pero hay mucha madera también. Y plástico. De todas las formas. Y tela, casi siempre medio podrida.

Y aparatos. Que nadie sabe para qué son, o fueron.

El óxido cubre todo el metal. El hongo, la madera.

Hacer un cuchillo es fácil. Sólo hay que encontrar un hierro del tamaño correcto y tener paciencia para afilarlo. Púas, se llaman.

A veces aparecen cuchillos verdaderos. Pero la mayoría son chicos y están muy oxidados.

Encontrar un cuchillo grande, de hoja gruesa y en buen estado es peligroso. Porque siempre los otros quieren robarlo. Y hay peleas.

Si no se es muy bueno en el combate vale más entregarlo al Secretario. Se suman méritos y se sobrevive.

Cada tanto, muy de vez en cuando, para de llover por un rato.

Lo mejor es hacerse un traje con tela de plástico. Se encuentra siempre en retazos. Es difícil de coser. Algunos lo pegan con fuego, pero son muy pocos los que saben cómo conseguir que no se deshaga y queme las manos.

Conviene hacer trueque con alguno que sepa; a veces alcanza con dejarse usar.

El suelo siempre es plano. Debajo de la basura siempre es plano.

La Llanura, la llaman. El horizonte está apenas cortado por grandes pilas de escombros y basura.

Dicen los viajeros que lejos, a más de treinta días de camino, el suelo se levanta y hay partes de piedra y no hay cascotes ni latas.

Pero nadie les cree.

A lo lejos, por donde sale el sol, de noche se ve un resplandor. Todos saben que ahí no pueden acercarse. Dicen los viejos que es todo agua. Pero son cuentos, no existe tanta agua junta. El agua está en el cielo y cae todo el tiempo. Y cuando llega al suelo es barro.

En la Llanura hay diez o doce grupos que dan vueltas. Y gente suelta, nunca más de dos o tres.

A veces los grupos se juntan. A veces gente de uno pasa a otro. A veces algún grupo mata a la mayor parte de los miembros de otro. E integra al resto.

Cada grupo tiene sus costumbres, su organización, sus tabúes.

En algunos, como en el de Plop, todos hablan mirando para abajo. Se ríen con la boca cerrada, gritan entre dientes. Nunca abren la boca.